

**Del sistema mundial a la globalización temprana: Historiografía e imperios a debate.
Entrevista a Bernd Hausberger¹**

Por Javier García Fernández
(Universidad de Granada)

JAVIER GARCÍA FERNÁNDEZ

La primera pregunta que quiero hacerte es respecto al debate que se ha abierto en torno a lo que tú has llamado la globalización temprana. Es cierto que se trata de la reformulación de un debate que ha existido desde hace unas décadas, y que uno de sus primeros elementos importantes es la teorización que hacen Braudel, Gruzinski y Wallerstein en relación al sistema-mundo y la historia global. La globalización temprana reformula todos estos debates y les da una nueva mirada, pero ¿en qué medida la globalización temprana, como conceptualización es deudora de estos marcos previos, y en qué medida crees que los supera o los reformula de forma novedosa?

BERND HAUSBERGER

No creo que mi libro sea original, está en completa deuda con esos antecedentes, sobre todo con Braudel, y también con Gruzinski. La historiografía francesa ha retrocedido un poco en los últimos años dada la hegemonía de la historiografía anglosajona. Es un tema que me interesa mucho. Se está olvidando lo que ciertos autores franceses ya han escrito, y en cierta forma yo retomo eso en reacción, e intento resaltar otra perspectiva a la historia global y a esa época. Repito, no es del todo novedoso, pero se ha olvidado un poco. Considero que Braudel lo ha hecho muy bien y no me quiero comparar, pero si tengo un mérito, es que lo retomo e intento rescatarlo. Eso es lo primero. No creo que supere a Braudel, para empezar, mi libro es demasiado breve. Tal vez lo que me distinga un poco de Gruzinski es que, en mi libro, lo que es su fuerza y su debilidad a la vez, intento tratar todo el globo y relacionar muchas cosas, yuxtaponer desarrollos paralelos y, donde es posible, conectarlos, mientras que Gruzinski, y no es una crítica sino un diagnóstico, se centra más en el ambiente del mundo hispánico, aunque lo inserta en el globo. Esa es, por lo menos, mi impresión.

En relación a los antecedentes, en la historiografía anglosajona hay aspectos de los que he aprendido mucho, pero sobre todo de las investigaciones realizadas en el marco de los llamados *Area Studies* y no tanto de la historia global. En esta última, me parece que se ha hecho dominante cierta postura, quizás a partir de la Escuela de California, cuyos representantes afirman que no son eurocéntricos, pero a la vez estudian todo desde la perspectiva de la modernidad occidental definida por el avance del capitalismo, la industrialización, el Estado liberal y la economía de mercado. Aunque resalten mucho la importancia de China, el interés es eurocéntrico, en mi opinión. Y eso es algo que yo intento evitar en la medida de lo que puedo. Creo que debemos observar la formación y el desarrollo de la modernidad occidental en la historia, y no quiero quitarle valor, pero enmarcar la investigación en preguntas como por qué China no se industrializó y Occidente sí, es intrínsecamente teleológico y eurocéntrico, el planteamiento responde a una perspectiva eurocéntrica; no es la mía y no son mis inquietudes. Yo intento ver la historia global como el desarrollo de una red de conexiones que se está ampliando, por momentos también

¹ Bernd Hausberger es investigador del Centro de Investigaciones Históricas de El Colegio de México. Nacido en Austria en 1960, es autor de la obra *Historia mínima de la globalización temprana* publicado en el año 2018 por el Colegio de México. La obra recapitula los debates historiográficos abiertos en torno la historia global, los procesos de mundialización producidos a partir del siglo XIV y el papel del mundo hispano en la formación del sistema mundial. bhausberger@colmex.mx

debilitando, pero a la larga en los últimos siglos, intensificando en diferentes campos, y ver eso de forma abierta. No me interesa sólo en la medida que fomente la modernidad, y menos desde la definición de modernidad planteada desde el liberalismo económico.

JAVIER GARCÍA FERNÁNDEZ

Sobre la modernidad, como sabes la historiografía hispánica ha señalado siempre la era moderna a partir de 1492. La historiografía británica o alemana ha considerado la modernidad como algo propio del siglo XVIII, en la línea de Hegel y de la Ilustración. Es una discusión que por ejemplo se da entre Wallerstein y muchos académicos latinoamericanos. Cuándo empieza la modernidad y cuál es la relación con la mundialización. ¿Cuál sería tu perspectiva sobre la modernidad y cuando podemos empezar ha hablar de era moderna?

BERND HAUSBERGER

Tengo una doble opinión. Por un lado, creo que es una discusión sobre términos. En España y en Francia se habla de la modernidad desde el siglo XVI, pero nadie negaría que la modernidad del siglo XVI era otra a la existente a finales del siglo XVIII. En Alemania a la época que empieza en 1492 se le conoce como el Período Nuevo (*Neuzeit*), o, la de 1492 a la Revolución Francesa, como Período Nuevo Temprano (*Frühe Neuzeit*). La modernidad propiamente dicha empieza con la Ilustración, pero obviamente hay debates sobre sus raíces y antecedentes. Tal vez convenga más discutir aquello que constituye esa modernidad sin pegarnos dogmáticamente a los términos.

Por otra parte, un poco al estilo de las viejas historias universales, se ha planteado desde el siglo XVIII mismo, e implícitamente se sigue haciendo, la modernidad iniciada en la Ilustración occidental como la meta de la historia universal a la que toda la humanidad debe llegar. Esto está muy presente en los debates políticos actuales. Las sociedades que parecen no ir por ese camino son denunciadas y atacadas. Parece que la humanidad tiene que llegar a esta modernidad liberal, democrática, individualista. A nivel del debate político no quiero criticar esto, pues son finalmente los valores con que me he criado y disfruto de estar en eso. Pero no es para mí una religión, a cuyas reglas quisiera someter mi investigación, sino que es sólo una fase específica de la historia, la en que me toca vivir, pero en la historia hubo muchos tipos de sociedades y posibilidades, y eso es lo que me interesa, y la actual no será la última. El arribo de la modernidad occidental fue una forma del desarrollo histórico concreto y particular, entre muchos otros, y en su momento nadie pudo predecir que fuese a llegar a ser hegemónica, y tampoco creo que eso fue inevitable. En mi mirada a la historia no quiero caer en ninguna teleología. Ahora, al mismo tiempo estoy convencido que esto, en cierto grado, es ineludible, porque nadie puede abstraerse del todo del presente en que vive, y en fin, es la relación que establecemos entre la historia que observamos y el presente en que vivimos la que da interés a nuestras investigaciones.

Ahora bien, otro debate es sobre el papel de España, sobre el significado del año 1492. En lo que coincido con la historiografía española es que es cierto que la historiografía alemana o anglosajona toman posturas cuestionables al respecto. Estoy generalizando, lo que sin duda es injusto con muchos autores, sobre todo con los que se ubican en los estudios de áreas, que hacen excelentes trabajos sobre el mundo hispánico. Pero los representantes de la historia global con frecuencia dan tanto peso a esa modernidad ilustrada, capitalista, industrializada, y al protagonismo de sus propias naciones en ella, que todo lo que les parece diferente lo dejan al lado y no lo tienen en cuenta. Con frecuencia se construye una ruptura fundamental en la historia de la humanidad en el siglo XVIII y XIX que considera obsoleto todo lo que pasó antes, y más si pasó fuera de los espacios definidos como centros de este desarrollo. Yo como historiador insisto mucho en que todo tiene su historicidad. La historia de la específica modernidad tardía de Europa occidental no se hubiera

dado sin antecedentes, y sin la permanente interacción con otros espacios tampoco, por lo menos hubiera sido otra. Y aquí debe quedar clara la importancia de España, o de los reinos ibéricos, y siempre me ha sorprendido que no se le suele conceder. Pero vista desde los centros de esa modernidad, que también eran los centros de la ciencia histórica moderna como surgió en el siglo XIX, España en aquel entonces había quedado atrás, entonces ya no les interesó lo que había pasado antes en España. Esto es una malinterpretación de la evolución histórica o de la *path dependence*, un término que me gusta mucho, tanto de la modernidad europea como de la globalización temprana.

JAVIER GARCÍA FERNÁNDEZ

En el prólogo a tu obra Historia mínima de la globalización temprana (Colegio de México, 2018), planteas que la historia global emerge en el contexto del ascenso de potencias no occidentales de las nuevas historias regionales occidentales, y del declive de las historias nacionales de las llamadas potencias occidentales. Por una parte, hay un ascenso de nuevos actores y contextos geopolíticos emergentes (Asia, África y América Latina), y, por otra parte, hay un descenso de los viejos actores hegemónicos y sus historias nacionales (Europa occidental y los EEUU) ¿Cómo se inserta la globalización temprana, como concepto, en esos legados imperiales? ¿Cómo juega la globalización temprana en este baile de hegemonías?

BERND HAUSBERGER

Es una pregunta muy compleja. Hay una hipótesis que creo que tiene un núcleo de verdad. Y es que el surgimiento de la historia global (que fue en Francia, sobre todo, en términos de enfoque; pero donde adquirió un cuerpo más definido y surgió el término y la corriente como subdisciplina fue en Estados Unidos) se ha dicho que es la historiografía de la potencia hegemónica global. La historiografía tradicional del siglo XIX era predominantemente nacional, y en Estado Unidos también lo fue, y, en cierto modo, lo sigue siendo. Pero en Estados Unidos, durante su auge como nueva superpotencia global, surgió la conciencia en la que la historia nacional no puede ser la única con la que se explica este papel, por lo que había que ampliar la mirada. Esto no implica que todos los historiadores hayan sido imperialistas, ya que ha habido críticos al imperialismo, pero creo que todos reconocían esta necesidad de ampliar la mirada. Surgieron varias posibilidades, como la Historia Atlántica, que es, en mi opinión, en cierto sentido la historiografía de la OTAN. Donde empieza el espacio de la OTAN es donde empieza el espacio de la Historia Atlántica. Ahora, esta carga geopolítica, pronto fue denunciada, por los historiadores mismos, y también su eurocentrismo, término que ahora incluye a EE.UU., tanto en el caso de historia global como de la Historia Atlántica. A esto se agrega que en la postguerra se profesionalizó el ambiente académico y la conciencia nacional en otras partes del mundo, y, así, ahora salen voces que preguntan “¿dónde quedamos nosotros en todo eso.” Y eso obliga a la historia global, a abrirse, a ampliar la mirada. Las historiografías de otras partes del mundo se han sumado a la historia global, al mismo tiempo que son muy nacionalistas, a veces más que las historiografías europeas, porque están en la fase de querer construir su propia historia nacional. Entonces, hay ahí un desarrollo de dos carriles: nacionalizarse, pero al mismo tiempo reclamar su participación en lo global. A esto se añade que las naciones occidentales más poderosas pueden afirmar (aunque equivocadamente) que se han creado por sí mismas, mientras que a las de otras partes es completamente imposible no tomar en cuenta el impacto de las fuerzas globales, del colonialismo e imperialismo, en su historia. Así, la atención que prestan a esta impronta exterior data de antes de la historia global. En el llamado primer mundo hay una cierta disposición entre los historiadores a tener en cuenta esas otras voces, incluirlas, y ver qué aportan; y al mismo tiempo, los parámetros en que inscriben sus historias muchas veces no dejan de ser eurocéntricos, como ya he mencionado, y hasta nacionalistas. Esto

ya empieza con los campos temáticos y las regiones que les interesan. Si vemos la historia global producida en los Estados Unidos, vemos que es anglocentrista en todos los sentidos. Por ejemplo, el comercio negrero les interesa mucho, pero les interesa mucho porque es su historia y la de los descendientes de los esclavos que viven en el país. En cierta forma abren su historia nacional a eso. En contraste, la historia hispanoamericana les interesa mucho menos, porque no es su historia (aunque en la regiones fronterizas con México esto sea un poco diferente, donde ya antes de la Segunda Guerra Mundial surgió la llamada *Borderland School*, la que, sin embargo, nunca dejó de ser un fenómeno regional). En fin, eso pasa con muchos enfoques en la historia global, que no logran salir de estas posturas nacionales, coloniales y eurocéntricas del todo.

JAVIER GARCÍA FERNÁNDEZ

¿Puede ser que una historia global malentendida sea una historia nacional globalizada?

BERND HAUSBERGER

Ahí tocas otro fenómeno. Como la historia global está de moda, muchos historiadores sienten la necesidad de justificar sus temas y los enmarcan en un enfoque global. En muchos casos eso es una mera estrategia académica, pero también es un postura fructífera, ya que la historia nacional no la puedo entender sin sus múltiples articulaciones con el exterior. La historia global les sirve para entender mejor la historia nacional, lo cual es completamente legítimo. Pero creo que hay fenómenos que son globales y rebasan lo nacional, los que vale la pena investigar, y ahí veo uno de los retos más grande de la historia global. Identificar esos temas y despertar interés por ellos. Como todos nos hemos socializados en términos más o menos nacionales, parece que al desvincularse de este trasfondo nacional se pierde la emoción, o la identificación con el tema a investigar. Noto esto con muchos estudiantes. Aunque les interese la historia global, no la consideran para su investigación de tesis. Aún así, eso es un avance. El surgimiento de las naciones es uno de los más espectaculares fenómenos de la historia global, y hoy en día todo el mundo está organizado en Estados nacionales (los que todos reclaman su singularidad). Diría que la historia nacional hay que verla en un contexto más amplio, y al mismo tiempo aprovecho para decir algo que ha insinuado en la pregunta anterior, y es el tema del debilitamiento de las naciones. Eso obviamente es parte de todo esto, los Estados nacionales se han debilitado, sobre todo en los países más pequeños. En Estados Unidos tal vez no lo perciban de la misma manera, o en China. Pero casi todo el resto del mundo tiene que darse cuenta que su nación no es todo, ni mucho menos. Si se quedan solos, están perdidos. Antes no se pensaba así. Por lo tanto, ahí hay una conciencia de “bueno, esta es mi nación, pero dónde se ubica, cómo se vincula con las demás”. Eso por un lado. Por el otro, considero que pensar que el Estado nacional es parte del pasado se ha revelado cómo una ilusión peligrosa. Este es el reto. Cómo ubicar las historias nacionales en ese escenario más amplio, más global. Debemos ver el Estado nacional como una configuración histórica que tiene su propio derecho, su propio valor y su calidad, y que también fue el marco de muchas reformas ciudadanas. Como soy de Austria (al igual que sucede con muchos alemanes de mi generación) he asumido cierta postura que tiende a ver el Estado nación como algo peligroso. Tal vez hoy tal actitud se pierda un poco en las nuevas generaciones, pero los que hemos estado más cerca de la experiencia del nacionalismo radical de los nazis, lo vemos demasiado negativo. El Estado nacional es una configuración histórica con sus propios derechos y logros, pero no es, y nunca ha sido, aislado. Como dije antes, es un fenómeno que nació globalmente y está conectado de mil maneras con su alrededor, y también lo son su población, su cultura, su arte.

JAVIER GARCÍA FERNÁNDEZ

Después de haber leído tu libro considero que conoces muy bien varias tradiciones historiográficas; la del norte de Europa, la francesa, la norteamericana y la hispánica. Eso te permite jugar con varios lenguajes, que me parece fundamental. Pero creo que hay otras dos tradiciones historiográficas fundamentales para comprender Europa, el mundo occidental, el mediterráneo y el atlántico occidental. Me refiero, en primer lugar, a la historiografía del mundo árabe, sobre todo a partir de Ibn Jaldún, y los historiadores y sociólogos árabes que lo retoman, que normalmente no entra fácilmente en discusión. Y, por otro lado, la tradición portuguesa. Yo estoy convencido que Wallerstein pudo llegar a ese modelo del sistema mundo porque conoció muy bien Portugal y su presencia en el Atlántico sur.

BERND HAUSBERGER

Para ser justo, también he recurrido ampliamente a las investigaciones realizadas en Estados Unidos. Pero bien, la historia global tiene un problema, y son los idiomas. Para una historia global de ese tipo, que si uno quiere hablar sobre todo el globo, tiene que saber muchos idiomas, que yo no sé. Eso manipula tu mirada en cierta forma, por ejemplo respecto a Portugal y Brasil ocurre lo mismo. Nunca he aprendido portugués. He leído algo, el español ayuda, pero con dificultades. Con todo, considero, como también ha señalado Wallerstein, que Portugal y el espacio del Atlántico sur son esenciales para el desarrollo de la globalización temprana. Al mismo tiempo, creo están muy conectados con la experiencia británica. Inglaterra tiene desde el siglo XVII muy buena relación con Portugal, monopolizó los flujos de oro de Brasil y, además, participa predominantemente en el comercio de esclavos. De esta suerte, el mundo lusitano sí ha entrado a esa historiografía anglosajona de la historia global, más que Hispanoamérica. La historiografía árabe no la conozco, aunque también publiquen en otros idiomas. No recuerdo haber estudiado a algún autor árabe. Tampoco conozco bien la historiografía china o la japonesa, salvo cuando la citan otros. Creo que uno solo no puede lograr una mirada verdaderamente equilibrada, y si hubiera varios autores, habría otros problemas. Es un verdadero problema en la historia global. Claro, hay que comentar que la solución a la que gran parte de la historia global le está apostando es que se ha vuelto monolingüe y sólo toma en cuenta investigación realizada en inglés. Esto tiene ventajas prácticas obvias. Pero yo detesto esta tendencia, pues me parece que contribuye a que la historia global se construye como una narrativa hegemónica y, además, meramente académica alejada de la realidad todavía multicultural del globo. En fin, estoy muy a favor que la historia global, o cualquier Historia, recurra al inglés, para facilitar el diálogo internacional, pero nunca de forma exclusiva.

JAVIER GARCÍA FERNÁNDEZ

¿Cuando planteas que América Latina ha estado ausente en el debate en la historia global, es por la particular relación que tiene con España? ¿Crees que España ha estado al margen de estos debates, o ha participado?

BERND HAUSBERGER

Temo que sí. Por un lado es por el idioma. Tanto en América Latina como en España se publica, predominantemente, en español. Lo cual me parece estupendo. Pero muchos de los historiadores internacionales no saben español. Existe otro problema, más profundo, arraigado en las tradiciones y convenciones de las narraciones históricas occidentales. España en el siglo XVIII y XIX quedó en segundo plano. Los intelectuales europeos empezaron a aprender inglés, francés o alemán, pero pocos español, y ahí se establece una división. Pero hay algo más.

Es determinante que España y su imperio, junto con Hispanoamérica, fueran el competidor principal de los imperios que después dominaron, como el inglés y el francés, y era el enemigo principal de los protestantes alemanes. España perdió, lo que no la dejó con la mejor fama, porque

en el interín se había desarrollado una gran propaganda antiespañola. Sus enemigos la construyeron casi como un tipo de antítesis de su propia modernidad. En ese sentido sí soy de los que se oponen a la leyenda negra, porque creo que hay cosas estereotipadas que quedaron completamente identificadas con España hasta hoy. Por ejemplo, la Inquisición, de la que la gente suele tener ideas muy tergiversadas. España queda como el país ultracatólico. Todo ello contrapuesto a la modernidad anglosajona, alemana y francesa. E Hispanoamérica como espacio conquistado y explotado, sin agencia y sin importancia propia. Hay aquí cierta arrogancia, aunque sea benévola. Después viene esa historiografía de la modernidad tardía del norte de Europa, del protestantismo, de Weber, etc. Es todo un paquete ideológico o forma de pensar que crea una idea del desarrollo occidental que se globaliza y está en oposición a lo español. Al otro lado de los Pirineos ya está África, solía decirse. Todo este conjunto apoyó a que España fuera vista como al margen de esta segunda modernidad, o modernidad tardía.

Hay que reconocer que en los Estados Unidos han empezado a repensar esta situación un poco. Últimamente se han hecho sesiones y congresos sobre la posición de América Latina en la historia global. Una explicación que dan para la poca presencia de esta parte del globo en los debates del campo, es que en Estados Unidos los historiadores de América Latina se institucionalizaron muy temprano. Entonces, ellos tienen su propio mundo, en el que hacen historia de América Latina, mientras que los de África o Sudeste asiático no tenían eso. Para estos últimos vincularse con la historia global era un modo para entrar a debates históricos más amplios. Los de América Latina no necesitaban eso, ya tenían su mundo. La historiografía latinoamericanista lleva mucho tiempo siendo autosuficiente. Los historiadores de América Latina, por su parte, han sido siempre bastante abiertos a discutir con otros historiadores de Estados Unidos, de Francia, o de España, de donde sea; pero sobre América Latina, en concreto sobre su propio país. Ahí viene otra vez el enfoque nacional. Creo que todo eso aportó a que, por un lado, entre los adeptos internacionales de la historia global no hubiera el interés en el mundo hispánico, y por otro lado, los historiadores latinoamericanistas se sentían cómodos con la situación como era.

Ahora, yo insistiría en que en relación a la globalización temprana, como yo la llamo, dejar el mundo hispánico fuera es un absurdo viendo los meros hechos. Me sorprende que la historiografía internacional lo hiciera durante tanto tiempo.

JAVIER GARCÍA FERNÁNDEZ

En cierto modo, considero que esto que planteas tiene que ver con un cierto colonialismo intelectual de Estados Unidos sobre América Latina para disputarla con España. O sea, darle una voz a los intelectuales latinoamericanos en la universidad norteamericana para que el debate cultural latinoamericano se diese dentro de Estados Unidos, y no en relación con España. De alguna forma es un modo de cortar las relaciones entre América Latina y España y darles un espacio propio a los autores latinoamericanos dentro de los Estados Unidos.

BERND HAUSBERGER

En términos estructurales, sí. En lo que sí insistiría es que probablemente no es la intención de los historiadores de Estados Unidos. Lo que pasa es que están en su mundo, en su estructura, en su universidad, etc., pero la consecuencia es lo que dices.

Si hablamos sobre la historiografía de Estados Unidos, yo sí creo que es muy autocomplaciente. Muy productiva y rica en muchos aspectos, pero están muy convencidos, esa es mi impresión, de que ellos están en la punta del desarrollo y, por lo tanto, definen y desarrollan los temas de relevancia. Entonces, si no estás en este ambiente académico, es muy difícil, porque si haces lo mismo que ellos hacen, incluso si lo haces en inglés, desde afuera, te dirán “muy interesante, pero ya lo estamos haciendo nosotros.” Pero si haces otra cosa, no eres relevante. Porque lo que es

relevante lo definen ellos, y es muy difícil entrar. Esto no es por mala voluntad, pero es así como una hegemonía funciona.

JAVIER GARCÍA FERNÁNDEZ

¿Crees que hay un cierto consenso anglofrancés, alemán y norteamericano? Un cierto consenso no oficial que resta relevancia al papel del mundo hispánico en la historia mundial. En relación a la leyenda negra, ¿crees que hay un cierto consenso historiográfico frente al mundo hispánico? ¿O crees que es más bien un mito?

BERND HAUSBERGER

No es un consenso que pretenda atacar o eliminar a España, sino que es un consenso inconsciente, basada en una tradición histórica profunda que se reproduce y no se cuestiona. De ella ya he hablado. España tiene su lugar en todos esos debates, pero para que se entienda su verdadera función, su papel en la globalización temprana hay que hacer un esfuerzo especial. Ya en el colegio nos enseñan sobre todo la historia de nuestro país, y los otros aparecen sólo de forma selectiva, muchos sólo en ciertos momentos puntuales, como cuando los españoles migraron a América, y después de eso, está otra vez fuera. Cuando se explica la Ilustración o la industrialización, se nos habló, en mi caso, de Alemania, Francia e Inglaterra, y nada más. En toda tu formación te enseñan que ahí ocurrió lo importante. De la historia española o rusa se nos contaba poco. Pero repito, no hablar de España en la época de la globalización temprana es una omisión absurda. Pues, España fue el poder occidental más fuerte en buena parte de la época, tuvo una influencia real, efectiva, pionera, que nadie puede negar. En épocas anteriores creo que sí hubo un antihispanismo más consciente, como en la época de la Ilustración, en la que se mostraba España como el país católico, de la Inquisición, que se opone a la modernidad y la libertad del pensamiento. Pero hoy en día estamos más bien en los rezagos de una percepción histórica tradicional que ya debería haber caducado.

JAVIER GARCÍA FERNÁNDEZ

Quiero preguntarte por un tema que es muy recurrente en la historiografía nacional y en las tradiciones historiográficas, que tiene que ver con cómo se ha nombrado en la historiografía la autoridad política. Y en relación por ejemplo a una historia que aborde el Imperio español. Dentro de la historiografía española se habla de Imperio español, pero desde fuera de España se reconoce que España solamente fue un imperio durante la época de Carlos V, y que a partir de Felipe II dejó de serlo. Pero es cierto que hay un debate sobre el Imperio español, si fue o no un imperio, si se nombra o no como imperio. También hay un debate sobre la cuestión colonial, se ha señalado que la importancia que se le da a la cuestión colonial es porque Francia tuvo un período colonial, pero hay una discusión sobre México, América Latina, si fue colonia de España o no, y si los virreinos son o no colonias. Y en el fondo tiene que ver con cómo se nombran esas autoridades políticas, imperio, colonia, si España fue o no imperio, si América Latina fue o no colonia ¿Qué opinas tú sobre estas nomenclaturas que se trasladan? ¿Se puede llamar al Virreinato de Nueva España una colonia? ¿Se puede hablar del Imperio español?

BERND HAUSBERGER

Todo esto es cosa de definición. Desde mi punto de vista, el Imperio español sí existía, y no sólo con Carlos V, sino por lo menos hasta mediados del siglo XVII. Pero es cosa de cómo se define un imperio, y hay varias propuestas. En términos legales o constitucionales, en la Europa de la época sólo había un imperio, el Sacro Imperio, que se legitimó como heredero del Imperio Romano. En

este sentido, se podría decir que España sólo fue imperio con Carlos V, aunque España legalmente nunca formara parte del Sacro Imperio, sino Carlos V reunía en su persona los títulos del emperador y los de rey de Castilla, rey de Aragón, etc. Pero hay otras definiciones, estructurales, y creo que en ellas España encaja bien. Dicen que un imperio se distingue por su forma de organización política. Tiene un centro al que están subordinadas diferentes regiones con diferentes grados de dependencia y autonomía, que todos tienen sus propios órdenes legales; de esta manera las fronteras de un imperio muchas veces son ambiguas entre zonas externas y zonas semidependientes. No es un Estado nacional en el que exista la misma ley para todo el territorio. Algo así creo que fue el Imperio español: tenía su centro, al que las otras regiones estaban vinculadas por diferentes maneras, tanto las europeas como las Indias.

Lo que me convence es una teoría que dice que un imperio siempre tiene una ideología imperial que se declara como universal. Un verdadero imperio tiene que representar un universalismo con que reivindica su poder legítimo sobre todo el globo. Y creo que España en el siglo XVI con su catolicismo tenía algo de eso. Se posicionó en el mundo discursivamente como el representante de la única verdadera religión, algo de peso en esa época, no sólo en España, en todas partes. En Europa, España se situó como defensora del catolicismo primero contra los musulmanes, y después contra la herejía en la Contrarreforma, en la Guerra en Flandes y en la Guerra de los 30 años, y propagó la fe en el mundo. En ese sentido creo que España sí fue un imperio. Obviamente, las últimas causas de meterse en tantas luchas eran otras, más terrenales. En el siglo XVIII, este elemento ideológico-religioso ya no estaba tan presente, porque España había tenido que reconocer que le faltaban fuerzas para promover sus pretensiones universales en la práctica. Pero en el siglo XVI, estaba en plena expansión y hasta se discutió si se podía conquistar China. Había esa reivindicación de poder global. Por lo tanto, diría que era un imperio.

Lo de la colonia y del virreinato reconozco que es más complicado. Me inclinó a decir que las Indias fueron colonia, aunque no una colonia tal y como las que los nuevos imperios del siglo XIX tenían, por ejemplo, en África, donde los europeos mantuvieron un cuerpo militar y administrativo para controlar un territorio, mientras que sus empresas lo explotaban, llevándole “el progreso”, como lo eufemizaron las modernas ideologías imperialistas.

En América Latina se asentaron muchos españoles, vivían allí y pronto nacieron allí, se llamaron españoles, se sentían españoles; y la relación de esa gente, que formaba una capa de la población significativa, aunque minoritaria, con la metrópolis no era tan colonial, por lo menos hasta el siglo XVIII. Estos grupos de españoles americanos fueron la nueva élite en sus territorios y gozaban de una considerable agencia y autonomía. Simplemente no cumplían con las órdenes de la Corona, y hacían lo suyo y aprovechaban las reglas del Imperio en su favor. El comercio monopólico para estas élites en América Latina tuvo sus ventajas. La situación cambió en el siglo XVIII cuando la Corona quiso imponerse, con nuevas reglas y leyes, y hacerlas efectivas. Fue una de las razones por las que se planteó la independencia, pues la élite de origen español se vio dañada por ese intento de quitarles sus privilegios, su margen de autonomía.

¿Por qué América fue colonia entonces? Hay historiadores que defienden que América no era colonia porque era un virreinato, o un reino adjunto, por lo que su estatus jurídico no era el de una colonia. Esta corriente suele definir el dominio hispánico no como imperio sino como monarquía compuesta. Aunque este concepto, en términos del derecho, sobre todo para la situación europea, es válido, en cuanto a América amenaza con servir de eufemismo. Allí, las élites españolas gozaban de una amplia autonomía, como acabo de exponer, pero hay que estar consciente que esto fue sobre todo un fenómeno de la práctica vivida, aunque reconocida, a veces, por la legislación casuística de la Corona. En términos del orden político del Antiguo Régimen es clave, me parece, que los territorios americanos no tuvieran representación formal, no tuvieron Cortes propias y en

las Cortes de Castilla tampoco tuvieran representantes, a pesar de que supuestamente eran reinos adjuntos a Castilla. Tenían representaciones informales. Quien podía mandaba sus agentes a Madrid, pero institucionalmente los territorios americanos no tenían representación, como la había, digamos, en Aragón o en Nápoles. Pero mi argumento más fuerte en favor de la colonia es que la masa de la población americana siguieron siendo los indios, y éstos fueron sometidos a un régimen y a intereses traídos desde afuera y puestos a su servicio. Diría que ellos sí se encontraron en una situación colonial, no obstante de que se les concedió cierto autogobierno a nivel de sus comunidades, pero esto se haría de la misma manera con los nativos africanos, en las colonias del siglo XIX, o en la India. Sea como sea, el concepto de colonia es ambiguo, porque hay colonias de muchos tipos, y repito que Hispanoamérica no era una colonia como el Congo en el siglo XIX, o como Indochina. Era otro tipo de colonia, pero considero que cabe dentro de esa categorización porque era una región dependiente, sin autorrepresentación formal en la metrópolis, y al menos jurídicamente, sometida a las normatividad de la metrópolis. Las poblaciones de América, las élites, hasta los indios, tenían posibilidades de influir en la legislación o en la jurisdicción. No era un autoritarismo despótico en el que la monarquía española dictaba lo que se podía o no hacer, sino que había siempre negociación entre las partes. Pero, obviamente, esto ocurre siempre, tampoco los poderes coloniales del siglo XIX pudieron actuar a su antojo, ya que tenían que procurar que la situación funcionase.

JAVIER GARCÍA FERNÁNDEZ

Para cerrar este bloque sobre autoridades políticas, dos preguntas que creo que son pequeñas, pero en realidad son amplias. Una de ellas tiene que ver con esa distinción que se ha hecho con el antes y después de Westfalia. Es decir, el final del Imperio español y la hegemonía española antes y después de Westfalia, la construcción de los Estados. Ese antagonismo entre monarquía compuesta o Imperio español y Estados modernos. En tu obra señalas el Estado absolutista como una transición del Imperio español hacia una nueva forma de Estado, que sería el Estado absolutista. ¿En qué medida crees que la forma del Imperio español repercute en el resto de Estados o el resto de autoridades políticas después de Westfalia? ¿El Imperio español realmente se agota con Westfalia y surgen nuevas autoridades políticas o el Imperio español impregna el resto de autoridades políticas después de Westfalia?

BERND HAUSBERGER

Por un lado, en términos de orden político, lo que se agota en la paz de Westfalia fue el Sacro Imperio, que tuvo que abandonar cualquier pretensión de gobierno efectivo sobre sus territorios, reconocer la salida de Suiza y Países Bajos y renunciar a la superioridad simbólica sobre los reinos europeos. El emperador quedó reducido a un mero título de honor de los Habsburgos en Viena. En suma, los incipientes Estados europeos quedaron reconocidos como los actores de la política, actores que podían actuar sin considerar ningún poder superior universal como al emperador o al papa. Obviamente la realidad, determinada por los ingresos fiscales y la fuerza de los ejércitos de los diferentes Estados, impuso nuevas reglas, jerarquías y dependencias. Pero supongo que se exagera la importancia de la paz de Westfalia, pues lo que ocurrió fue más bien un cambio gradual que había empezado en la Edad Media. A la par con la neutralización del emperador iba el declive de la hegemonía española, la que fue sustituida por la hegemonía francesa, definitivamente en la Paz de los Pirineos. Esto no marcó ningún cambio de principios sino sólo un nuevo capítulo en el juego de poder entre las potencias europeas. Ahora, creo que las permanentes guerras, la amenaza española o francesa o sueca o turca, habían obligado a los diferentes territorios europeos a fortalecer sus estructuras estatales, para no quedar aniquilados y absorbidos. No todos lo lograron, pero aquí está una de las bases del orden político que se firmó en la Paz de Westfalia. Creo que es

importante destacar que mientras España en Europa fue vencida y reducida al rango de una monarquía como cualquier otra, también en América tuvo que reconocer las posesiones territoriales de sus enemigos, en el Caribe y en la parte norte del continente. En cierta medida se podría argumentar que esto marcó el fin del imperio, pues marcó el abandono forzado de la reivindicación universalista, o continental, en este caso, aunque se mantuvo la estructura fragmentada, entre centro y regiones, típica de los imperios.

JAVIER GARCÍA FERNÁNDEZ

¿Crees que hay una prolongación de las formas de imperio, como el español, a los Estados contemporáneos? En ciertas historiografías se hace una especie de antagonismo entre el Imperio español y los estadospereuropeos, frente a otra gente que cree que hay un legado y una herencia.

BERND HAUSBERGER

Desde la Edad Media las diferentes monarquías o estados europeos, entre comillas, como quiera llamarse, siempre tuvieron estructuras muy fragmentadas. Había muchas regiones y ciudades, con derechos y constituciones propios, que estaban ligadas a diferentes monarquías, monarquías compuestas, que estructuralmente se asemejan a un imperio, aunque les faltara la ideología y la reivindicación universalista. España no era ninguna excepción y a finales del siglo XV los Reyes católicos gobernaban un territorio profundamente fragmentado en regiones, con diferentes fueros y representaciones propias. Lo que pasa es que las monarquías en Europa, tarde o temprano, todas intentan fortalecer su control sobre las regiones, pero también sobre los estamentos y corporaciones como la nobleza, la Iglesia... y en la medida que estos esfuerzos avanzaban se estableció el absolutismo del rey que eliminaba, o mejor dicho, reducía los privilegios o fueros regionales estamentales. España es uno de los primeros que lo intenta y tenía cierto éxito dentro de Castilla, con lo que obtuvo los medios para sus muchas guerras. Es interesante señalar que la Corona intentó desde el principio gobernar las Indias con su aparato administrativo, sin darles mecanismos de autogobierno y de representación, salvo en los municipios, o en los pueblos de indios, sin permitir que surgiera una nobleza americana poderosa y sometiendo a la Iglesia a su patronato, todo típico del absolutismo. Pero no funcionó bien por problemas prácticos, las distancias, las difíciles vías de comunicación, la corrupción de los funcionarios. Tampoco se logró superar la fragmentación de la Península ibérica. Portugal se le vuelve a escapar, aunque ya estaba allí. Eso hubiera podido salir de otra forma, por ejemplo, quedarse Portugal en España, pero Cataluña no. Hasta posiblemente habría tenido más lógica histórica, pero sea como sea, eso no ocurrió así, ocurrió como ocurrió.

En pocas regiones el centralismo absolutista se impuso tan bien como en Francia, porque las regiones eran demasiado fuertes. Por ejemplo, los Habsburgos austriacos fracasaron cuando lo intentaron. Tuvieron cierto éxito en la Guerra de los 30 años frente a Bohemia, pero fue relativo, y cuando más tarde, lo quisieron fortalecer fracasaron. Una motivación clave de estas políticas, dejando de lado las ambiciones personales, el instinto de poder de los gobernantes, está en que las monarquías europeas en esos momentos estaban invariablemente en quiebra. Las guerras eran permanentes, y ganaba el más fuerte, el más centralizado. La centralización podía provocar graves conflictos, pero quien la logra, dispone de más ingresos fiscales y triunfa en las guerras. De eso se derivaba en buena parte la fuerza de Francia a partir del siglo XVII. Logró reprimir los conflictos internos basándose en un poder central, establecer una administración real más o menos eficaz para la época y, de esta suerte, contó con muchos recursos. Olivares fracasó cuando quiso hacer lo mismo en la Península ibérica. Perdió Portugal y perdió la guerra con Francia. Más tarde lo volvieron a intentar los Borbones, con más resultados pero terminaron perdiendo América. Así, el federalismo español tiene una larga historia, que tampoco Franco con la dictadura pudo superar y

tampoco el PP actual. Con eso no quiero decir que la España de hoy sea como la monarquía fragmentada del siglo XVII, pero sí que el regionalismo de España con sus autonomías cuenta con una historia; y en Francia podría existir la misma situación, con Bretaña o con Borgoña, que eran ducados medievales también, pero su autonomía se ha reprimido. En Austria, por ejemplo, que es un Estado pequeño con nueve millones de habitantes, en el que tenemos nuestro federalismo con nueve provincias, todas salvo dos son sucesoras de los viejos ducados medievales y hasta hoy existen, aunque no creo que ninguna en este momento aspire a la independencia. Pero tenemos el federalismo como herencia de esa época, y Francia no lo tiene. Es más, es algo que rechazan. Había, pues, en Europa un conjunto de monarquías, monarquías compuestas e imperios que se esforzaron en fortalecer sus estructuras internas para convertirse en Estados más modernos. Creo que esto todos lo tenían en común, sólo los contextos, las vías para lograrlo y los resultados fueron diferentes.

Un impacto del Imperio español fue que desde el siglo XVI en toda Europa se vio con envidia la expansión ibérica a otras partes del mundo y aspiraban a seguir sus pasos y lograr lo mismo. Así, en la medida en que las diferentes monarquías se fortalecieron empezaron adquirir posesiones en ultramar y formaron sus propios imperios. En ellos, la jerarquización entre centro y colonias era más pronunciada que en el caso español, sobre todo porque se crearon en una nueva época. Estamos en una situación en que los Estados europeos ya eran más sólidos cuando adquirieron un agregado territorial afuera. Para ello, se autolegitimaron por la convicción de la supuesta superioridad occidental, la modernidad y del progreso. Esta arrogancia prepotente fue una de las caras oscuras de la Ilustración y alimentaría el imperialismo del siglo XIX.

En cuanto a Hispanoamérica, obviamente hay un legado del Imperio español, sobre todo cultural. Pero en términos de orden político, es interesante observar que las entidades administrativas creadas por la metrópolis no se conservaron y mucho menos llegaron a unirse, en una unidad latinoamericana, aunque no faltaron personas que lo habían soñado. Entre muchas cosas, creo, esto tiene que ver con la falta de instituciones de autogobierno como las había en las colonias inglesas en Norteamérica. Éstas pudieron acordar su cooperación en la guerra de independencia y su posterior unión para formar los Estados Unidos. En la América española todo se tuvo que improvisar en juntas espontáneas, cuya legitimidad siempre se podía poner en duda. A esto se suma, a mi modo de ver, que en Hispanoamérica las élites locales y regionales siempre habían tenido una considerable agencia, a lado de la normatividad, y éstas tenían una visión política, conforme a sus intereses, locales y regionales, y no latinoamericanos. Además, habían aprendido a perseguir sus intereses mediante mecanismos informales, con sus redes personales, con sus amigos, con la corrupción de los funcionarios, y esto, temo, ha dejado su huella en la cultura política hasta hoy, no obstante todos los progresos institucionales y constitucionales.

JAVIER GARCÍA FERNÁNDEZ

En tu libro Historia mínima de la globalización temprana (Colegio de México, 2018) hablas de la Iglesia como una estructura de poder global en cierto capítulo. Tradicionalmente en la historiografía española se habla de la Iglesia pero más bien como una estructura cultural, religiosa y espiritual, no siempre se le da la entidad de poder político. Sí al Vaticano, pero no a otras Iglesias regionales. Por ejemplo, la Inquisición sí se contempla como una estructura política, o el Papado. Pero las misiones o las diferentes historias de las religiones regionales no se las tiene en cuenta como poder o una estructura política, pero tú sí las señalas de esa manera. ¿Cuál es el papel que tú le asignas a la forma católica de ordenación del poder? ¿Crees que se puede hacer una historia global para el período del siglo XV y XVI sin tener en cuenta a la Iglesia

católica y al catolicismo? ¿Cuál es la aportación específica de la Iglesia católica a esa forma de expansión colonial que se da en el Imperio español?

BERND HAUSBERGER

Traté la Iglesia católica como un actor independiente en la globalización temprana. Tenía su centro en Roma, su red de organización y comunicación, su ideología y agenda propia. Pero la situación de la Iglesia en esa época era complicada, ya no era una institución con poder militar, como en la Edad Media por momentos lo había sido. Por ello colabora con actores, sobre todo con los imperios y Estados. Estos imperios cooperan con la Iglesia porque también les sirve, es una relación simbiótica por muchas razones, entre otras, como ya he destacado, porque sobre todo el Imperio español tenía la religión como su ideología imperial. Eso es una cosa, pero la Iglesia también le ayudó mucho en la administración de los territorios conquistados, la que fue un reto tremendo. Las Indias eran un espacio enorme, y la Iglesia estableció en ellas una red administrativa en apoyo y con el apoyo de la Corona. El sistema de parroquias, por ejemplo, era más denso que el de los corregidores y alcaldes mayores y sirvió para controlar este inmenso territorio y a su población que era culturalmente tan diferente. La Iglesia no sólo proporcionó una ideología legitimadora y una organización administrativa, sino que era también, tal y como yo lo he llamado en un artículo, una institución disciplinadora, y eso en todo el mundo católico. Se observa de la misma manera en las ciudades, pueblos y misiones americanos como en las parroquias europeas. En todos lados, impuso valores como obedecer a las autoridades, trabajar pacientemente, no entregarse al vicio, tener una familia y respetarla. Ahora podemos decir que todo eso no ha funcionado nunca de forma perfecta, había muchos vicios e infidelidad, pero también distaba mucho de ser un completo fracaso. Pues, se introdujo un profundo cambio social y cultural y la iglesia fundó y vigiló los valores con que debía funcionar la sociedad, y en América, creo que eso era hasta más importante, porque allí se trató con otras culturas, con otras costumbres, otros valores, otras formas de organizarse, otras formas de división de trabajo. Llegaron los clérigos y ayudaron a imponer un régimen funcional. Prestaron este servicio al imperio, para poder realizar su propia agenda, que era introducir la vida cristiana. Cuando trabajé sobre misioneros jesuitas me persuadí de que hay que tomar en serio a la gente de la Iglesia, en el sentido de que ellos mismos estaban convencidos de su programa y de su importancia trascendental. No soy de esos que alegan que los curas eran hipócritas, que hacían sus cosas sólo para enriquecerse a sí mismos y a su institución o para dar opio al pueblo. Creo que los curas de esa época, salvo excepciones, creían en Dios, en la importancia de la religión y en su misión de salvar las almas. Y frente a la eternidad, no había cosa más importante que salvar las almas. Creían en todo eso, pero como necesitaban aliados cooperaban con el Imperio español, pero también con el francés o el que sea.

Así, intenté situar la Iglesia en esta doble función, religiosa por un lado, y política y económica por el otro. Por ejemplo, en el norte de México, las misiones tenían una clara función económica. Si funcionaban, también producían, podían alimentar a las minas en su vecindad, y enviarles mano de obra, se reducía el peligro de que los indios se rebelaran. y entonces las minas podían trabajar en tranquilidad. Todo eso tenía su función, pero también era cristiano, y los curas, o los jesuitas, no se cansan de insistir en eso, en darle valor cristiano a su servicio al Imperio, y a la vez, destacar el valor utilitario de su obra religiosa. Que la gente trabaje, que tenga una disciplina de trabajo, que tenga rutinas, levantarse, rezar, trabajar... Porque, de esta suerte, no van a pecar tampoco. Es el servicio del alma, la salvación del alma, y a la vez, sentaba la paz social y beneficiaba las actividades económicas. Todo eso corría en paralelo, o mejor dicho estaba estrechamente entrelazado.

En lo que quisiera insistir más es que la Iglesia tenía su agenda propia y su base era la convicción del valor universal de su doctrina. Los clérigos creían, al igual que los seguidores de otras religiones universalistas, que hay un Dios, o un principio divino, que es para toda la humanidad, no sólo para un grupo particular. A partir de esto se plantea que debe llevar a este Dios a todos los que no lo conocían o no querían creer en él. Esto ya está es la Biblia cuando Jesús envía a los apóstoles a los pueblos. Pero también los monjes budistas iban a predicar su fe a otras partes, y los musulmanes difundían el dominio del islam. Hubo diferentes métodos y procedimientos, pero tenían este espíritu misionero en común, mientras que una religión que es de la idea de que pertenece a un solo grupo no tiene motivación para ir a otra parte. El universalismo puede tener sus reglas para limitar ese estímulo expansionista. Los judíos concebían a un Dios universal, pero se vieron a sí mismos como el pueblo elegido por este Dios, y a los otros no. El calvinismo tomó posturas similares insistiendo en la predestinación, en que hay un orden preestablecido que refleja la voluntad de Dios. Hay gente a la que Dios no ha elegido, no tiene su gracia, por lo que viven mal en la tierra y no irán al paraíso, y así tampoco tiene sentido predicarles o convertirlos, porque eso sería actuar en contra de los planes de Dios. Aunque nada en las religiones es inalterable. Hasta comunidades judías han hecho misiones en ciertos períodos, y los calvinistas también cambiarían de idea, después de su fase fundacional más radical.

Creo que la Iglesia católica tiene un mérito histórico en términos de nuestra modernidad europea, pues siempre insistió en que todos los hombres frente a Dios somos iguales, aunque en el mundo no. El rey es el rey, el esclavo es el esclavo, la mujer es la mujer, el hombre es el hombre... Hay un orden terrenal, pero al final todos somos iguales, y puede ser que el Papa vaya al infierno y el esclavo vaya a la gloria, porque Dios nos juzga a todos por lo que hicimos en vida. A este principio los ilustrados le quitaron el matiz religioso y establecieron que todos los hombres somos iguales, pero también en la tierra. En un mundo de fieles, como era todavía el siglo XVIII, este principio, es importante subrayarlo, no hubiera tenido sentido si no se hubiera basado en la igualdad frente a Dios. La Iglesia católica siempre había mantenido esta postura, la que implicaba la necesidad de globalizarse, desde antes que se supiese que existía el globo.

JAVIER GARCÍA FERNÁNDEZ

Se ha hablado mucho, sobre todo a partir de Weber, de la contribución de la ética protestante al origen del capitalismo. Si entendemos el capitalismo como un sistema global, ¿consideras el catolicismo el origen del capitalismo como sistema de dominación, y no sólo el protestantismo en el siglo XIX? Tiene que ver con que el catolicismo se da en los territorios colonizados, que son el sur de Europa, salvo Austria, Andalucía, América Latina, Italia. Territorios en los que hay una super explotación, donde hay más excedente económico, donde hay más circulación mercantil, más formas de trabajo... ¿Cuál te parece que es la relación entre catolicismo y capitalismo?

BERND HAUSBERGER

Siempre me pregunté, aunque no soy experto, si los Países Bajos se modernizaron tanto por ser calvinistas o se volvieron calvinistas porque ya estaban modernizados. Países Bajos era una región muy rica y desarrollada, con ciudades, comercio y manufacturas florecientes desde la Edad Media. No es algo que en el siglo XVI con la Reforma protestante hubiera ocurrido, ya eran muy ricos antes. Sospecho que se volvieron calvinistas porque ya tenían su modernidad, y aspiraban a cierta independencia espiritual, política y económica frente al Papa y también frente a la Corona española, con lo que la nueva confesión se convirtió también en elemento de identidad y de movilización política. Me inclino por eso, pero no puedo decirlo con seguridad. Porque hay otras regiones muy modernas que no se reformaron, como el norte de Italia, y había regiones que permanecieron muy católicas y no obstante entró el capitalismo en tiempos tempranos, como en

Bélgica o en Francia, o en una de las partes más ricas de Alemania, el Valle del Rin. A diferencia, algunas de las zonas alemanas, como la zona agraria en el este, con los latifundios de los *junkers* prusianos, no eran necesariamente las más progresistas.

Lo que quiero decir es que hay que tener mucho cuidado al afirmar que una religión es garantía de la modernidad y la otra la impide; como hoy en día muchos lo hacen con el islam, al menos en mi tierra de origen, no sé si en España. Defienden que el islam es incapaz de modernizarse por cosas intrínsecas, y yo creo que es una equivocación. No haría esa relación. Las religiones se prestan a mucho y pueden fomentar diferentes cosas. Finalmente son los actores históricos los que les dan las interpretaciones concretas. En suma, supongo que realmente la modernización económica y social se desarrolla más bien en el campo económico social y la religión se adapta, aunque sea en una historia llena de conflictos. Pueden pasar que los curas de cualquier religión se levanten y fanaticen a la gente, y habría que ver cómo la sociedad maneja esa situación.

JAVIER GARCÍA FERNÁNDEZ

Esta pregunta es una cuestión que aunque no está en tu libro está de forma periférica, y creo que llama mucho la atención para el caso español.

Hemos hablado hace un momento de como todos los imperios tienen su propia narrativa historiográfica, y que incluso la historia global ha sido la narrativa historiográfica desde Estados Unidos, que toda esta visión de la historia global al final tiene un anclaje imperial o a un país. En la globalización temprana, ¿qué encaje pueden tener las historias de grupos minoritarios? ¿Pueden estos grupos minoritarios tener una historia en común? Me refiero a naciones sin Estado, comunidades étnicas, comunidades indígenas o minorías nacionales. Me da la sensación que la globalización temprana de alguna forma también interpela a cómo se conectan estas minorías.

¿Cómo pueden encajar en la nueva propuesta de la globalización temprana todas estas historias minoritarias, periféricas, que no responden a una comunidad nacional, o que son grupos no hegemónicos que no responden al patrón de nación, Estado o homogeneidad cultural? ¿Cómo pueden enlazarse en esta globalización temprana?

BERND HAUSBERGER

Hay algo importante que no hemos hecho hasta ahora, y es definir, al menos en un par de frases, lo que es la globalización temprana. Mi propuesta define la globalización temprana como la construcción de un sistema de interacciones, relaciones y conexiones que, en su conjunto y tendencialmente, cubren el globo y dejan un impacto sostenible, más allá de lo anecdótico, desde finales del siglo XV. Es una definición muy enfocada en la práctica, y atribuye a los actores un importancia especial, porque son los que construyen, reproducen o resisten estos vínculos, o simplemente viven bajo su impacto. Estos actores pueden ser Estados, corporaciones, instituciones, redes o individuos, pero hay que cuidar que la atención exagerada a los Estados y sus gerentes no nos ciegue en cuanto a los otros. Entonces, yo creo que en términos heurísticos ver esos grupos minoritarios, regiones aparentemente marginales, hasta individuos, ver cómo la globalización los impacta o cómo ellos manejan eso, es muy importante, porque nos muestra la realidad de esta globalización, su amplitud, que la globalización temprana realmente existía.

La situación y el papel de las minorías étnicas pudo ser muy variado, y se pueden estudiar desde varios enfoques. Se puede reconstruir su subalternidad, cómo viven y sufren, pero también cómo perciben y representan las dinámicas de la globalización temprana. Había grupos que quedaron aniquilados y desaparecieron, otros persistían profundamente transformados y otros incluso se fortalecieron. Así, también se puede ver su agencia. Algunos fueron muy importantes, incluso asumieron papeles protagónicos. Por ejemplo los armenios. Aunque no tenían Estado, fueron muy

importantes para manejar el comercio en el Océano Índico hasta el Pacífico, y hasta el Mediterráneo. O yo mismo he trabajado sobre vascos en Hispanoamérica. Lo que queda de manifiesto es que pertenecer a un grupo minoritario con conciencia de su particularidad frente a una mayoría puede adquirir por momentos bastante funcionalidad e importancia, porque les da cohesión y fuerza. Les facilitó formar redes reunidos por confianza y solidaridad dentro de la sociedad mayoritaria. En el contexto de la globalización temprana, las distancias eran largas y la comunicación difícil y lenta, y así las relaciones de confianza importaron mucho, para poder entablar, por ejemplo, el comercio transoceánico. Ahora, al mismo tiempo estas redes étnicas, o religiosas, también eran, y son, vulnerables. Muchas minorías tienen ese problema, sobre todo si son exitosas. De repente, la mayoría se les puede venir encima. Los vascos en Potosí, en el siglo XVII, fueron atacados. Y sobra mencionar las hostilidades a que estaban expuestas las comunidades judías a lo largo de los siglos. Pero es importante ver como esas minorías actuaban en las estructuras globalizantes, cómo aportaban a su construcción.

Otro fenómeno, completamente distinto, son los grupos nómadas. Los nómadas, en términos del pensamiento del Estado nacional, pero también de las viejas culturas sedentarias, siempre han sido descritos con desprecio. Se les consideraba salvajes, que no tenían asentamientos fijos... Pero en términos de su efecto, han aportado mucho en la construcción de conexiones a largas distancias, de comercio, pero también fundando imperios, sobre todo en Eurasia y en el Norte de África. Sobre la complicada relación entre sedentarios y nómadas ya Ibn Jaldún había escrito a finales del siglo XIV y principios del XV. Aunque más tarde, también llegaron a ser importantes en algunas partes de América. Hay un libro bastante estimulante llamado *Comanche Empire*, del finlandés Pekka Hämäläinen. Trata sobre las estructuras comerciales, políticas y tribales que desarrollaron los comanches desde el siglo XVIII hasta el siglo XIX entre Texas y el norte de México, y lo llamó un imperio. Un imperio particular, sin poder central fuerte, pero con mecanismos de cooperación y de alianzas; los comanches asaltaban, y robaban, pero también comercializaban y vendían, entre los diversos grupos indígenas y potencias occidentales en la zona. Por lo tanto, ahí hay cosas que vale la pena ver. El Estado nacional no es todo. A veces estos grupos no sólo sufren o promuevan las dinámicas de la globalización, sino que son creados por ellas, o por lo menos fortalecidos. Los vascos construyeron su discurso identitario frente a la llegada del “mundo” a sus tierras y con la salida de sus habitantes al mundo, en otras palabras, con la creciente integración a las estructuras del imperio. En las tierras vascas no tenía sentido explicar a sus vecinos lo especial que era ser un vasco, esto sólo interesaba frente a los otros. Los comanches a la vez sólo surgieron como actores poderosos debido a la difusión del caballo en el interior de Norteamérica, uno de los muchos fenómenos de la globalización temprana.

JAVIER GARCÍA FERNÁNDEZ

¿Cuáles consideras que son los retos de la globalización temprana como propuesta? ¿Qué crees que se va a hacer en los próximos años o cuál es la agenda intelectual de la globalización temprana? ¿Crees que es una propuesta ya cerrada y que no va a trascender, o trascenderá? Porque tu libro en realidad es muy reciente, y el impacto está siendo, en términos historiográficos, que es muy difícil que algo impacte. ¿Cuáles son los retos o el futuro de esta propuesta?

BERND HAUSBERGER

El primer reto sería convencer a la comunidad académica que había globalización temprana, y esto no se logrará sólo insistiendo de forma abstracta o general, sino examinando sus relaciones y vínculos y sus impactos a nivel global, para refutar el argumento recurrente que sus fenómenos eran sólo superficiales, esporádicos y sin mayor impacto. Y obviamente hay que profundizar en la

path dependence de las fases posteriores de la globalización, inclusive la actual. Otro reto grande y difícil de enfrentar es algo en lo que Serge Gruzinski ha insistido mucho. En toda esta construcción de conexiones globales, hay que tomar más en cuenta los puntos de vista de todos los participantes, no sólo de los exitosos y ganadores, sino en la medida de lo posible también los de los vencidos, de las minorías, de las mujeres y de los grupos subalternos, así como de los observadores externos. Eso es un enorme desafío, por el problema de los idiomas, de las fuentes, ya que muchas partes del mundo o muchos grupos tampoco las han producido de forma escrita, y de la desigual accesibilidad a los archivos. Otro tarea urgente sería liberar la historia global de toda la teleología. Aunque yo por un lado insisto en que lo que pasó en las diferentes fases de la globalización no se entiende sin los antecedentes, sin considerar su *path dependence*, también creo que no podemos entender la globalización temprana de forma teleológica, como período que exclusivamente se analiza porque llevó a la globalización de hoy. Así, la malinterpretamos, y una de esas malinterpretaciones es esa de que hemos hablado, el menospreciar el papel del Imperio hispánico. Creo que eso es una equivocación y hay que insistir en que es el antecedente de la globalización, pero al mismo tiempo también analizar sus propias dinámicas., como una historia abierta. No hubo un desarrollo lineal, una sucesión lineal de las fases de la globalización, sino la historia ha tomado muchos caminos, rodeos, callejones sin salida, los que pueden caracterizar una época y sólo tomándolos todos en cuenta se la puede entender, sólo así se puede descifrar qué era la globalización temprana y cómo surgió de ella la globalización posterior. Pero sea como sea, es un campo amplio en que se puede hacer muchísimo que enriquecería nuestra visión de la historia.

JAVIER GARCÍA FERNÁNDEZ

Muchísimas gracias, profesor Hausberger, por tu tiempo y por compartir con nosotros este diálogo.

BERND HAUSBERGER

Muchas gracias, también, fue un placer.